

resignacion del sentenciado á muerte que espera su última hora, se mostró dispuesto á todo, dejando que fueran nombrados ministros del Exterior, de Hacienda y del Interior respectivamente el aventurero Dumouriez, Claviere y Roland, todos ellos instrumentos calificados de la Gironda.

Dumouriez dirigióse apresuradamente al club de los jacobinos, púsose un gorro encarnado, pronunció un discurso violentísimo y prometió ser un buen patriota y no abandonar la pluma mas que para coger la espada (1). En 27 de marzo envió una especie de *ultimatum* á Viena, exigiendo que por todo el 15 de abril quedasen rotos todos los tratados firmados contra Francia y se retirasen todas las tropas puestas en pié de guerra, y añadiendo que de no hacerse así, se consideraria declarado el estado de guerra. En la contestacion de la corte de Viena, que se recibió en 19 de abril, se exigian tres condiciones: 1.ª, satisfaccion á los príncipes alemanes que tenían posesiones en Alsacia y que habian sido perjudicados por los acuerdos de 4 de agosto de 1789; 2.ª, satisfaccion al papa por lo del condado de Aviñon, del cual se habia apoderado la Francia; y 3.ª, medidas á propósito para poner al gobierno francés en condiciones de reprimir los excesos que pudieran alarmar á los demás Estados (2). En la misma sesion leyó el ministro una carta del rey en la cual este manifestaba que al día siguiente se presentaria en la Asamblea.

En efecto, el día 20 de abril se presentó en ella rodeado de sus ministros. «Su actitud, su desfigurado semblante, el cambio de tono de su voz, dice un testigo presencial, expresaban el mas profundo dolor y los mas tristes presentimientos (3).» Despues que, por órden del rey, Dumouriez hubo expuesto en una larga memoria todas las pretendidas hostilidades del Austria que obligaban á la Francia á declarar la guerra, dijo el monarca con voz temblorosa: «Ya habeis oido la memoria redactada por mi Consejo de ministros; las proposiciones en ella contenidas han sido aprobadas por unanimidad, y yo mismo he aceptado el acuerdo, que es eco fiel de los deseos repetidas veces manifestados por la Asamblea. He agotado todos los recursos para conservar la paz; ahora... ahora... (y al llegar á este punto la emocion le obligó á detenerse hasta que con lágrimas en los ojos terminó diciendo): he de proponer, conforme á la Constitucion, la declaracion formal de guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia (4).»

En la sesion de la tarde, la Asamblea discutió la proposicion del rey: dos diputados se atrevieron á proponer el aplazamiento, y uno solo hubo que pidiera fuese desechada. Becquey (5) dijo al final de un discurso violentamente interrumpido en muchos puntos: «Desistamos, pues, de una empresa que no tiene objeto alguno positivo; limitémonos á defendernos cuando alguna potencia nos trate de hostilizar, y probablemente no tendremos ninguna guerra, pues ninguna potencia tiene interés en atacarnos. Pero si exigimos la guerra á toda costa, haremos que nuestros vecinos formen odioso concepto de nuestra causa. Se nos calificará de agresores, de pueblo intranquilo que perturba el órden de Europa y que no respeta ni los tratados ni sus propias leyes; de suerte que no solo tendremos que combatir á los déspotas, sino tambien

(1) Luis Blanc, VI, pág. 298.

(2) *Hist. parl.*, XIV, pág. 26. Dumouriez cometió una verdadera falsedad histórica, que hace notar Luis Blanc, al sostener en sus memorias que la última exigencia del conde Cobenzl era: «El restablecimiento de la monarquía sobre la base del 23 de junio de 1789 y de la declaracion de Luis XVI, y por consiguiente el restablecimiento de la nobleza y del clero como órdenes.»

(3) M. Dumas: *Mémoires*, II, pág. 118.

(4) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'état*. Paris, 1828, I, página 315.

(5) Así escribe Dumas este nombre; en la *Histoire parl.* se escribe Bequet.

á los mismos pueblos, los cuales se armarán contra nosotros con aquel odio de que se sienten poseidos los que ven turbada la paz de su patria. Por último, hasta me atrevo á decir que esta guerra ha de colmar las esperanzas de todos los enemigos de la Revolucion: la guerra es lo que ellos desean ardentemente. Los emigrados, hoy faltos de todo apoyo, conducirán á los ejércitos extranjeros y los enemigos del interior ganarán con ello en audacia. Yo propongo á la Asamblea nacional que acuerde que no hay razon alguna para tomar en consideracion la proposicion del rey; que el poder ejecutivo siga cuidando de defender el reino contra todo ataque y que invite al rey á que entable negociaciones para que quede disuelto aquel «concierto» contrario á la soberanía nacional y á que procure evitar todo rompimiento (6).» Los gritos: «¡A votar! ¡guerra, guerra! ¡basta!» ahogaron la voz del diputado M. Dumas, que quiso hablar en igual sentido, despues de haber manifestado Guadet y Mailhe, en breves palabras, que el no declarar la guerra seria una cobardía. Sin consentir que se abriera un debate formal, la Asamblea votó la guerra por todos los votos menos siete, que fueron los de Teodoro Lameth, Jaucourt, Becquey, Mathieu Dumas, Baert, Hua y Gentil (7).

El decreto, redactado por Gensonné, en el cual se declaraba la guerra á Francisco I, rey de Hungría y de Bohemia, terminaba con tres párrafos que dan á conocer el carácter de esta guerra y las intenciones de sus iniciadores. Decian así:

«La Asamblea nacional declara: que la nacion francesa, fiel á los principios consagrados por la Constitucion, que disponen «no se emprenda guerra alguna con miras conquistadoras ni se empuñen las armas para atacar la libertad de ningun otro pueblo,» solo se arma para defender su libertad y su independencia; que la guerra que se ve obligada á emprender no es una guerra de nacion á nacion, sino la defensa legítima de un pueblo libre contra los ataques de un rey; que los franceses no confundirán nunca á sus hermanos con sus enemigos; que no perdonarán medio alguno para suavizar las calamidades de la guerra, para respetar y conservar la propiedad y para lograr que todos los desastres de la lucha caigan únicamente sobre aquellos que se conjuren contra su libertad; que en lo sucesivo admitirá á todos los extranjeros que abandonando la causa de sus enemigos se agrupen en torno de su bandera y consagren todos sus esfuerzos á la defensa de su libertad; y que favorecerá por todos los medios posibles su establecimiento en Francia (8).»

La invitacion que este manifiesto contenia iba dirigida á los belgas, á cuyo hermoso y fértil país tan fácilmente podia llegarse bajo el amparo de los cañones de las fortalezas del Norte de Francia, y cuya notoria enemistad hacía el Austria (9) parecia ofrecer á los franceses la perspectiva de una conquista por medio de un simple paseo militar. Dumouriez, por lo menos, contaba con que los brabantones, que en 1789 se habian sublevado, no dejarían en 1792 de sublevarse tambien cuando se aproximaran los franceses como salvadores armados, y no le desconcertaba la idea de que la libertad que aquella revolucion representaba era precisamente opuesta por completo á la que en Francia florecia. Creia Dumouriez que los 50,000 austriacos que se encontraban en aquel país serian desarmados por los mismos belgas y que en grandes grupos se pasarían á los franceses, aumentando su ejército. Por tanto, resolvió que el cuerpo de ejército del mariscal Rochambeau, que en 22 de abril habia llegado á Valenciennes, comenzara el ataque, y que la van-

(6) *Histoire parl.*, XIV, pág. 47.

(7) *Histoire parl.*, XIV, pág. 53.

(8) *Histoire parl.*, XIV, págs. 61-62.

(9) Véase mas arriba.

## CAPITULO IV

## LA GIRONDA Y LA CAIDA DE LA MONARQUIA

En 26 de febrero de 1792, el poeta Andrés Chenier publicó en el *Journal de Paris* (2) un artículo con el título de: *Causas de los desórdenes que agitan á la Francia y que impiden la fundacion de la libertad*, en el cual se señalaba como causa primordial de aquella confusion las excitaciones de los jacobinos, de los cuales hacia una descripcion tan excelente y tan exacta que la prensa jacobina nada tuvo que objetar.

«La ocupacion de los jacobinos, se decia en aquel escrito, consiste en abusar de la frase «soberanía del pueblo.» Algunos centenares de ociosos que se reúnen en un jardín ó en un teatro, ó algunos grupos de bandidos que saquean las cajas son lo que con tanta desfachatez se denomina «pueblo;» ni los déspotas mas desvergonzados han visto quemar delante de sí por los codiciosos cortesanos tanto y tan repugnante incienso como el que á esos doscientos ó trescientos usurpadores de la soberanía nacional quema diariamente la bajeza de los escritores y oradores de esos clubs que traen trastornada á la Francia.

«Como la apariencia de patriotismo es la única virtud que tienen en estima, algunos hombres, cuya vida está manchada de ignominias, se apresuran á ostentar patriotismo en violentos discursos con la esperanza de que se olvidará su pasado y en la perspectiva de un porvenir de furibundas declamaciones y de pasiones excitadas de las masas, y procuran con su cinismo redimir su infamia. Allí se propagan diariamente ideas y se despiertan sentimientos que son una amenaza á la propiedad y al bienestar. Bajo los nombres de acaparamiento y monopolio, la industria y el comercio son tachados de crímenes. Toda persona rica es considerada como un enemigo del Estado; la ambicion y la codicia no respetan ni el honor ni los ilustres nombres; las mas odiosas sospechas y las calumnias mas insolentes reciben el nombre de «libertad de expresar el pensamiento.» El que pide pruebas de una acusacion es un hombre sospechoso, un enemigo del pueblo; allí se admira todo absurdo con tal que sea criminal, y se da crédito á toda mentira con tal que sea mortífera. Las mujeres van allí para aplaudir las mas sanguinarias insensateces. Allí se conceden las patentes de patriotismo. Todos los miembros, todos los amigos de esas hermandades son buenos ciudadanos, los demás son hipócritas: la simple admision en aquella sociedad borra, como el bautismo de Constantino, todos los pecados, y redime de los mas sanguinarios crímenes. Esas sociedades, estrechamente unidas, forman una cadena eléctrica que rodea á la Francia: simultáneamente se excitan en todos los ámbitos del reino; dan los mismos gritos y hacen los mismos movimientos, que pueden sin gran trabajo preverse de antemano. Su agitacion incesante ha reducido al gobierno á una horrible impotencia: sus astutas intrigas y sus escandalosos tumultos han retraido de las asambleas de electores y de compromisarios á muchas personas decentes, cuya debilidad es censurable, y han cubierto de ignominia á un gran número de funcionarios estimados. Todos los jueces, administradores y funcionarios públicos que no son agentes y hechuras suyas son sus enemigos y sufren sus persecuciones. Usurpando las mismas formas del poder del Estado, aquí se arrojan sobre un tribunal é interrumpen sus funciones, allí obligan á las autoridades municipales á entregarse á ellos y á obedecer sus mandatos, y en mas de un pueblo se han atrevido á penetrar en las casas, á practicar registros domiciliarios y á juzgar, condenar ó absolver á

guardia, mandada por el teniente general Biron, se dirigiese por Quievrain á Mons y desde allí á Bruselas, Gante y Lovaina. Al propio tiempo, la guarnicion de Lila recibió órden de atacar á Tournay, y se encargó á Lafayette que desde Metz y tan rápidamente como le fuera posible, marchara sobre Givet y desde este punto avanzara hasta Bouvigné y Namur (1).

El día 28 de abril, las columnas francesas se lanzaron sobre Mons y Tournay; pero en el momento de atacar, los soldados se negaron á ello. En 29 de abril Biron se apoderó de Quievrain, hizo retroceder á las avanzadas del general Beaulieu y por la noche estableció su campamento en Bosin. A las diez, los dragones de los regimientos 5.º y 6.º montaron á caballo sin que nadie se lo hubiese mandado y escaparon á galope tendido exclamando: «¡Nos han vendido!» Biron y el coronel Dampierre se arrojaron sobre los sublevados é hicieron volver á sus puestos á la mayor parte de ellos; los demás huyeron hácia Valenciennes gritando constantemente: «¡Nos han vendido, Biron ha huido!» Biron resolvió emprender la retirada en la madrugada del 30 de abril; pero durante la noche, Beaulieu recibió refuerzos, y á la mañana siguiente los lanzó contra los franceses, precisamente cuando estos comenzaban á retirarse. El sexto regimiento de dragones al grito de: «¡Sálvese el que pueda!» atropelló al quinto, y entonces se iniciaron la fuga y la disolucion en medio del mayor tumulto. Quievrain cayó en poder de los austriacos lo propio que el campamento de Quievrechain, con todos sus víveres y cañones. Los fugitivos no se detuvieron hasta que estuvieron amparados por las murallas de Valenciennes; la campaña de Mons, que habia fracasado de un modo tan lamentable, causó 300 bajas entre muertos y heridos y costó la pérdida irreparable de una gran provision de víveres de campaña. Mas vergonzoso y triste fué todavía lo que pasó á la columna que se dirigia á Tournay. En la tarde del 28 de abril, el general Teobaldo Dillon, con ocho escuadrones, seis batallones y seis piezas de artillería salió de Lila y llegó á la una de la madrugada del 29 á la aldea de Baisieu, atacando, despues de un pequeño descanso, las alturas de Marquain que defendian á Tournay. Allí le salieron al encuentro trescientos austriacos, con cuyas avanzadas trabó un pequeño combate en el cual fueron hechos prisioneros dos cazadores tirolese. Dillon, segun las órdenes recibidas, no podia librar una batalla formal, por esto emprendió la retirada á Baisieu; los austriacos entonces dispararon dos cañonazos, y aun cuando no hirieron á ningun francés, los escuadrones que formaban la retaguardia, sobrecogidos de pánico, se precipitaron sobre los cañones y columnas de marcha, derribando cuanto encontraron al paso, y la masa del ejército huyó gritando ¡traicion! por Baisieu hácia Lila. Al llegar á la fortaleza, los fugitivos se reunieron con la guarnicion para tratar de la venganza que debían tomarse en las personas de los oficiales traidores. El coronel de ingenieros Berthois fué ahorcado y su cuerpo hecho pedazos; los tres ó cuatro prisioneros fueron estrangulados; el general Dillon, gravemente herido, fué asesinado á tiros y á bayonetazos y su cuerpo arrastrado por las calles y quemado en la plaza mayor. Tales fueron las terribles noticias que indujeron á Lafayette á no moverse de Givet, á donde habia llegado el día 29, porque no tenia tampoco mucha confianza en sus tropas. La invasion en Bélgica habia, pues, fracasado por completo: durante ella no habia ocurrido ninguna desercion entre los austriacos y los brabantones, y todo el plan de Dumouriez se habia deshecho como una bola de jabon.

(1) Esto y lo que sigue está tomado del: *Tableau historique de la guerre de la révolution de France depuis son commencement en 1792 jusqu'à la fin de 1794*. Paris, 1808, II, pág. 17.

(2) *Hist. parl.*, XII, págs. 250-257.

los ciudadanos. Toda resistencia á una autoridad legítima encuentra en ellos amparo y protección. Todo aquel que es llama patriota y que se ha rebelado contra la ley y contra sus órganos se presenta ante ellos para gloriarse de sus hazañas. Todo subalterno destituido que se entrega á la difamación es

una víctima de su patriotismo; todo soldado rebelde puede pedirles la corona de ciudadano; todo jefe ultrajado ó asesinado lo ha sido justamente.»

Todos estos párrafos, de los cuales solo hemos reproducido los mas oportunos, están perfectamente probados por



Dumouriez

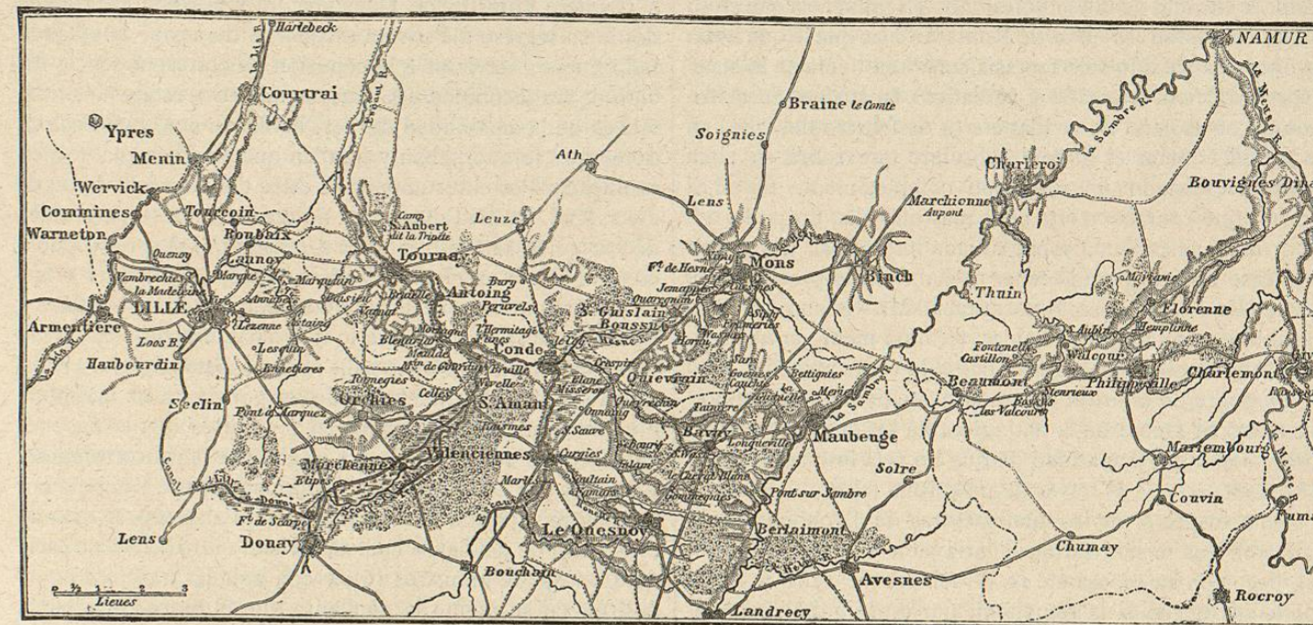
multitud de hechos. El que de tal manera describía el jacobinismo trazaba la imagen de la situación á que había llegado la Francia por haber convertido en derecho público la anarquía, sin cuya desaparición no había salvación posible. De la desaparición de todas las nociones de ley y derecho, de honor y de decencia, ofreció la Asamblea nacional, en la sesión de 9 de abril de 1792, una prueba que hubo de abrir los ojos aun á aquellos que mas ilusiones se forjaban.

Desde la abominable sublevación de los suizos de Nancy (1) todos los franceses que estimaban en algo el honor respetaban el nombre de una persona que en los tiempos de revuelta había dado pruebas de verdadera nobleza de alma: tal era el teniente real Desille, el cual, al llegar con Bouillé á la puerta de Stainville, exigió la entrega de los autores del mo-

(1) Véase mas arriba.

viamento, se lanzó sobre uno de los cuatro cañones de los rebeldes, apartó con su cuerpo la mecha para que no se disparara sobre sus hermanos de armas, y fué mortalmente herido por los disparos de fusil de los amotinados. Este asesinato había sido el principio del derramamiento de sangre que llevó á cabo el regimiento de Chateau vieux. Los cuarenta hombres que quedaron de este regimiento de suizos cubierto de vergüenza, purgaron su crimen en el presidio de Brest; pero en 31 de diciembre de 1791 aquellos hombres indignos fueron indultados por la Asamblea legislativa (1). Una vez en libertad, se dirigieron á París: los clubs jacobinos dieron á su viaje el carácter de expedición triunfal, y en 9 de abril de 1792 solicitaron entrar en la Asamblea nacional. Jacourt dijo: «No os es dado deshonrar los manes de Desille y de los soldados que se sacrificaron en aras de la ley; no os es

permitido pronunciar tan cruel juicio sobre la Asamblea constituyente; no os es lícito desgarrar, por medio de este triunfo, el corazón de aquellos que tomaron parte en la expedición de Nancy.» Gouvion exclamó: «Yo tenía un hermano que era un buen patriota y que gracias á la consideración que merecía á sus conciudadanos había sido comandante de la guardia nacional y miembro del departamento. Dispuesto siempre á sacrificarse por la ley, fué llamado, en nombre de esta, para que con los valientes guardias nacionales marchara sobre Nancy. Allí murió herido por cinco balas de fusil. Y yo pregunto cómo puedo ver tranquilo que los asesinatos de mi hermano....» Al llegar á este punto fué tumultuosamente interrumpido; y en medio del tumulto que se produjo en las tribunas, la Asamblea decidió no solo permitir la entrada á los cuarenta suizos sino también concederles



Mapa del teatro de la guerra en abril de 1792

los honores de una sesión (2). Collot d'Herbois les ensalzó como héroes de la libertad y del amor patrio en un discurso cuyo final fué: «¡Ojalá que las cadenas que habeis roto sean las últimas con que el despotismo ate á los ardientes amigos, á los decididos partidarios de la libertad.» Los así ensalzados atravesaron aquel salón, de esta suerte profanado, al són de tambores y acompañados de guardias nacionales, hombres armados de picas, ciudadanos y ciudadanas. Este episodio fué precursor de una gran fiesta popular, en la cual todos los jacobinos de París tributaron homenajes de honor á los suizos; desde entonces, la gorra encarnada de los presidiarios adquirió, con gran disgusto de Robespierre (3), carta de naturaleza entre los signos exteriores de la Revolución, como «gorro de la libertad.»

Por medio del alcalde Petion, el club de los jacobinos se había puesto al frente de la administración municipal de París; y por medio del ministro Roland había penetrado, desde el 23 de marzo, en el mismo consejo del monarca, ofreciéndose entonces en Francia el ejemplo de un gobierno que desde arriba y en nombre del monarca atendía á los intereses de la anarquía; que con el dinero de la lista civil subvencionaba periódicos republicanos, y que con sus disposi-

ciones oficiales promovía una agitación republicana en el país. El nuevo ministro del Interior tenía una esposa dotada de hermosura y de talento, pero sobradamente excitada, cuyas propias confesiones nos revelan que toda su actividad y la de su marido tendían únicamente y no podían tender á otra cosa que á destruir y aniquilar toda sombra de autoridad monárquica. Por desdicha de ambos, creían en todas las frases de los jacobinos, tales como la infalibilidad de la voluntad popular, la suma sabiduría de la opinión pública, la nobleza de los demagogos, las virtudes y bondades de la libertad absoluta, en una palabra, no creían en la reconciliación de la monarquía con el pueblo ni sabían una palabra de la situación exacta del país, ni de las verdaderas causas de la miseria, que se aumentaba cuando ellos querían hacerla disminuir. En 1.º de junio de 1793, madame Roland, encarcelada por aquellos mismos cuyo fanatismo pocos meses antes había excitado con todas sus fuerzas, redactaba sus memorias (4) y explicaba el desarrollo de la pasión política cuya víctima debía ser.

María Juana Philipon (5), que nació en París en 18 de marzo de 1754, se entregó á la edad de nueve años á la lec-

(1) *Hist. parl.*, XII, pág. 276.

(2) *Hist. parl.*, XIV, págs. 110-117.

(3) Luis Blanc, VI, págs. 299-300.

(4) *Mémoires de madame Roland. Seule édition entièrement conforme au manuscrit autographe transmis en 1858 par un legs á la Bibliothèque Impériale, publiée avec des notes par C. A. Dauban. Paris, 1864.*

(5) Dauban: *Étude sur madame Roland et son temps. Paris, 1864.*